



*Siempre
cuidaré de ti*

Rocío Muñoz Jiménez

viveLibro



viveLibro

Título original: Siempre cuidaré de ti
Primera edición, 2018

© De esta edición: **viveLibro**

© Rocío Muñoz Jiménez

© Diseño de cubierta: Imagina Design

ISBN: 978-84-17573-85-0

ISBN eBook: 978-84-17573-86-7

Depósito Legal: M. 32.405-2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Vivelibro agradece cualquier sugerencia por parte de sus lectores para mejorar sus publicaciones en la dirección info@vivelibro.com

Conversión a epub: Safekat, S. L. Laguna del Marquesado, 32 - Naves J, K y L

Complejo Neural - 28021 Madrid

Realizado en España (UE)

Vivelibro® es una marca registrada por Zasbook, S. L.

www.vivelibro.com

Nota de la autora

Mi interés por las historias románticas se remonta a la adolescencia. La gran Corín Tellado supo escribir como nadie de esa época las novelas de ese género. Yo compraba cada semana un ejemplar en formato de fotonovela, en blanco y negro. Me hacían sonreír y a veces hasta dejar volar la fantasía, imaginando que era la protagonista de las historias que leía.

Durante bastantes años dejé de leer, a veces la vida no nos deja tiempo libre. Hasta que mi hija mayor empezó a aficionarse a las nuevas fotonovelas en color y el gusanillo de lectura volvió a mí.

Después de ese reencuentro con la lectura, ya no dejé de hacerlo: intriga, historia y como no, novela romántica.

Siempre he tenido una gran ilusión por escribir historias de este género, y al final he conseguido poner en papel ese proyecto que tenía en mi cabeza.

Aprovecho para agradecer a los lectores que se acerquen a esta historia por leerme. Sin ellos mi ilusión de escribir no sería igual.

Feliz lectura.

Rocío Muñoz

Pd. Al igual que mis protagonistas, creo firmemente que el amor es el motor que mueve la vida.

El encuentro

Era casi las nueve de la noche del viernes cuando Sandra salió de la oficina. Había demorado su marcha para dejar preparados los bocetos de un cliente. Debía entrevistarse con él el lunes y exponerle como quedaría su casa, con los nuevos cambios sugeridos.

Llovía a mares, cargaba con dos bolsas con alimentos que había comprado en una tienda cercana cuando había salido a comer al mediodía.

Habitualmente hacía las compras el sábado, ya que era el día que no trabaja. Pero esa mañana al levantarse comprobó que no tenía apenas nada en el frigorífico. Y al día siguiente sábado, tenía una cita con un cliente nuevo, que le había pedido como un favor personal reunirse ese día. Por lo que no le quedó más remedio que adelantar sus compras.

La calle estaba a oscuras, solo le restaban unos pocos metros para dar la vuelta a la esquina y coger un taxi. Su coche estaba en el taller debido a una revisión. Vaya día que he elegido para dejar el coche—maldijo Sara.

A Sandra siempre le habían dado mucho recelo las calles sin luz, le creaba una gran sensación de inseguridad.

Apresuró el paso, mirando de vez en cuando para atrás. Entre el paraguas, las bolsas y sus tacones, le costaba recorrer el corto trayecto hasta la parada de taxis.

De repente el sonido de un coche a sus espaldas le hizo dar un salto. Éste se paró a su lado y se bajó una ventanilla. Sandra miró recelosa.

—Hola Sandra. ¿Qué haces por aquí a estas horas?

—Oh! Que susto Héctor, casi no te he reconocido.

—Anda sube y hablemos. ¿Te llevo?

—Tengo mi coche en el taller, iba a coger un taxi.

—De eso nada. ¿Dónde vives? Te acercaré.

—Vivo a las afueras en la zona residencial de Los Robles, a unos 40 minutos de aquí. Si se te hace tarde, lo entenderé.

—No te preocupes, te llevo y así hablamos de los años que llevamos sin vernos. Después de terminar la Universidad, tú te fuiste al extranjero a obtener nuevos conocimientos sobre interiorismo, verdad? ¿Al final conseguiste trabajar en tu pasión?

—Sí, en ello trabajo y estoy muy contenta. Y tú, ¿Qué elegiste? No lo tenías muy claro.

¡Ja,ja,ja! Ni te lo imaginas. Dejé los estudios de arquitectura. Era la ilusión de mi padre, no la mía. Y me puse a estudiar criminología.

—¿Seguro que no te estás quedando conmigo? Si eras incapaz de entrar en la universidad a oscuras.

—Eso fue hace mucho, aunque en realidad mi trabajo es poco peligroso, algún que otro marido o mujer con sospechas de adulterio y poco más.

Durante el resto del viaje siguieron poniéndose al día de sus respectivas vidas. Y así llegaron a la puerta de la casa de Sandra.

—Si tienes tiempo te invito a cenar, es lo menos que puedo hacer por ti. ¿Si no es un compromiso para ti, claro?

—No, no tengo nada previsto. Acepto tu invitación y seguimos hablando.

Sandra preparó una ensalada y un filete para cada uno, y se dispusieron a cenar. Charlaron de tiempos pasados, y vivencias olvidadas.

—Si estás libre mañana, ¿podríamos quedar a cenar? Y así devolverte la invitación. —Propuso Héctor.

—No voy a poder, lo siento; no acostumbro a trabajar los sábados, pero un cliente tiene una casa antigua a las afueras de Madrid y quiere que vaya por la tarde a echar una ojeada y darle ideas para cambiar la decoración interior. Es un hombre que proviene de una familia de condes, y sería muy buena recomendación para mí.

—Si quiere te acompaño, haces tu trabajo y después cuando volvamos, nos vamos a cenar.

—Me parece buena idea. ¿A qué hora quedamos? Yo tengo que estar allí sobre las cuatro. El trayecto será de una hora escasa aproximadamente.

—¿Qué te parece si te recojo sobre las tres?

—De acuerdo, hasta mañana Héctor.

—Hasta mañana Sandra.

Sandra se quedó mirando cómo se alejaba hasta el coche, y se marchaba su amigo Héctor, después de tantos años sin verse.

Le alegraba no tener que ir sola a la mansión de Enrique Hidalgo, no sabía por qué pero cuando localizó en internet la mansión, para hacerse una idea de su ubicación, se estremeció. Era un caserón antiguo a modo de palacete, de esos que salen en las películas de suspense. Alejó sus pensamientos y se dirigió a su habitación, tenía que descansar para la entrevista.

Un nuevo cliente

La mañana del sábado amaneció nublada, con el cielo amenazando lluvia.

Preparó todo lo necesario para tomar notas y sugerencias para dar un cambio radical a la decoración. Enrique Hidalgo, solamente le había anticipado que la idea era compaginar la modernidad respetando su esencia antigua. Algo complicado pensó.

A las tres en punto Héctor llamaba a su puerta.

—Hola Sandra. ¿Estás lista?

—Sí. Cojo mi bolso y nos vamos.

No sé cómo agradecerte que me acompañes, espero acabar pronto la planificación de las sugerencias del Sr Hidalgo. Espero que no sea demasiado complejo.

—No tienes que darme las gracias. Así recuperaremos todos estos años sin vernos, y nos pondremos ponernos al día, con todas las novedades de ambos.

El camino se les hizo muy ameno, riendo de ocurrencias pasadas durante sus estancias en la universidad.

Llegaron a su destino sobre las cuatro menos cinco. A esa hora el tiempo había empeorado y llovía intensamente con rachas de un viento muy fuerte.

Llamaron a la puerta y tras un lapso que se les antojó eterno, apareció una mujer alta delgada, toda vestida de negro. Era una mujer mayor de unos sesenta años o más. Con voz seria les dijo. —El señor la está esperando Señorita López. ¡Sígueme!

Se miraron desconcertados y la siguieron. Al llegar a una estancia grande y bien iluminada, les dijo—Acomódense, el señor les recibirá enseguida.

Al poco tiempo un hombre de unos cincuenta años apareció y se dirigió a Sandra:

— Buenas tardes Señorita López, es un placer que haya podido venir.

Sandra le presentó a Héctor.:

—Un buen amigo que me ha acompañado, espero que no le moleste.

—No se preocupe, no es molestia.

—Si no le importa, Herminia, mi ama de llaves, la persona que les ha recibido en la puerta, acompañará a su amigo a la biblioteca. Mientras nosotros hablaremos del tema que le ha traído aquí.

Sandra vio salir a Héctor detrás de la ama de llaves, y se dispuso a escuchar los cambios que deseaba hacer el Sr Hidalgo.

Entre bocetos y explicaciones, les dieron casi las siete de la tarde. Cuando Sandra estaba a punto de marcharse, sonó el teléfono de la mansión. Lo cogió el anfitrión.

—¿Dígame? Ah, bien muchas gracias por la información, —y a continuación colgó.

—Malas noticias. El que llamaba era el policía local de esta zona. Ha habido un desprendimiento y la calzada ha sido cortada. Dado que los trabajos se prolongarán toda la noche y no habiendo ruta alternativa les sugiero que esta noche la pasen aquí, y mañana reanuden su camino sin contratiempos. También han dicho que los teléfonos móviles no funcionan debido a la meteorología.

Sandra y Héctor intercambiaron una mirada y ambos miraron sus móviles, constatando que no aparecía ni una sola raya de cobertura.

—No quisiéramos molestar, dijo Sandra.

—No es molestia, —querida-. Herminia les indicará sus habitaciones. Pero primero cenaran algo. En media hora estará todo listo.

A Sandra no le gustaba la insistencia del Sr. Hidalgo para que se quedaran. Había algo en esa mansión que le daba escalofríos.

Subieron a la primera planta siguiendo a la ama de llaves. Héctor miraba de reojo a Sandra, que llevaba un rictus en la cara de pocos amigos. No sabía si se debía al contratiempo por tener que quedarse, a la mansión o a la mirada inquisidora de Herminia.

Ésta se paró frente a una puerta, la abrió y le indicó a Sandra que entrase.

—Espero que todo esté de su agrado. Me he tomado la libertad de dejarle sobre la cama un camisón, dado que todo ha sido tan inesperado. Si necesita algo tiene un timbre junto a la cama, Sólo tiene que llamar.

—Gracias Herminia. Buenas noches.

Observó como acompañaba a Héctor a una habitación contigua a la suya, y se sintió más segura.

Miró el camisón que estaba sobre la cama, era de lino con el cuello y los puños de encaje, parecía de una época antigua. Tentada estuvo de no ponérselo, ella siempre dormía sin nada, pero estaba en una casa extraña y lo haría por decoro.

Se encontraba inquieta y atemorizada y no sabía bien por qué.

Se metió en la cama, deseando que la noche pasara pronto y poder escapar de esa casa.

Después de un par de horas de sueño, se despertó sobresaltada; se escuchaban unos ruidos muy extraños, provenían del pasillo, eran como de unos pies arrastrándose pesadamente y una especie de silbido muy agudo, como un aullido. Se oía con mucha claridad. Su intención fue salir al pasillo pero el terror le impedía hacerlo.

Al final se decidió, abrió la puerta y.... nada, allí no había nada ni nadie. Se acercó a la habitación de Héctor y tocó suavemente la puerta. Este salió y por su aspecto no parecía que hubiera dormido mucho, parecía totalmente desvelado.

—¿Qué pasa Sandra?

—¿No has oído nada?

—Vamos a tu habitación y hablamos.

Una vez dentro, ella le contó los ruidos de pisadas arrastrándose y el extraño silbido, como un aullido.

—Sí yo también lo he oído, pero no quería asustarte. Igual que tú salí al pasillo y no había nada ni nadie.

Como algo natural ambos se metieron en la cama acostaron juntos, Sandra temblaba.

—Tranquila estoy contigo, y sabes que no consentiré que te pase nada, siempre cuidaré de ti.

—Gracias por haber venido conmigo. Estoy agotada, necesito dormir unas horas.

Se acurrucó en los brazos de él y se relajó hasta dormirse. Héctor la miraba embelesado, —es preciosa, si no fuera por las circunstancias le haría el amor hasta acabar agotados.

Amanecía y Héctor estaba a punto de volver a su habitación cuando llamaron a la puerta, se dejó caer al suelo por la parte donde no era visible.

Sandra contestó.

—¿Si? —Y la puerta se abrió.

—Señorita el desayuno estará dispuesto en breve, por favor avise a su amigo. He llamado a su puerta, y no ha contestado, debe estar dormido.

Cuando Herminia desapareció, ambos se miraron y se alegraron de que no les hubiera pillado juntos. Se veía que era una mujer chapada a la antigua y

aunque no era de su incumbencia, si les hubieran sorprendido, se habrían sentido violentos.

Al salir al pasillo volvieron a oír ese aullido que había descrito Sandra y encontraron la explicación. Al final del pasillo había una vidriera, con un pequeño hueco en el cristal, debido sin duda a una rotura, el viento pasaba por él y emitía un silbido.

Respecto a los pasos arrastrándose no sabían a qué se podía deber. Herminia no podía ser, llevaba zapatos con un ligero tacón y andaba con normalidad.

Bajaron al comedor y el Sr Hidalgo los estaba esperando.

Buenos días. ¿Han descansado bien?

—Sí. Respondieron los dos.

Héctor y Sandra, no veían la hora de abandonar la mansión. Desayunaron lo más rápido que pudieron. Se despidieron, montaron en el coche y emprendieron la vuelta a casa.

Un poco antes de llegar al cruce que indicaba para la ciudad una patrulla de policía les paró.

—Buenos días.

—Buenos días agente.

—Por la dirección que traen, veo que vienen de la mansión del Sr. Hidalgo. Espero que no les haya causado un inconveniente para ustedes el desprendimiento de ayer. Ya le informamos a su anfitrión que esperábamos que en dos horas todo estuviera solucionado, como así fue. Buen viaje.

Gracias. Que tengas un buen día.

No entendían nada, si el policía le había dicho que todo estaría resuelto en dos horas. ¿Por qué les mintió para que pasaran la noche en su mansión?

Héctor se prometió investigar todo lo relacionado en ese señor, sus antecedentes, familia y bienes. Había algo raro que no encajaba.

Finalmente llegaron al domicilio de Sandra. Esta se bajó del coche.

—¿Seguro que estás bien?

—Que sí, pesado.

Le dio un beso en la mejilla.

—Gracias por haber estado conmigo Héctor. Mañana te llamo.

—No tiene importancia. Procura descansar.

Por el camino la mente de Héctor iba trabajando, se acordó que tenía en la policía un amigo, Enrique Villanueva, al que le pediría los informes que

tuvieran en comisaría de Hidalgo. Era algo que no podían hacer, pero Enrique le debía varios favores.

El domingo se levantó tarde y después de comer se dispuso a ojear el último proyecto.

Pensó que pondría todo su empeño en no volver a esa mansión tan perturbadora, dado que no era imprescindible su presencia en la reforma, una vez ultimados los detalles se pasaría al gremio que se ocuparía de todo el proyecto.

Pensó en Héctor y en las muchas afinidades que el tiempo juntos les había descubierto, la relación entre ellos se iba consolidando, y su atracción iba en aumento.

Sandra se sentía muy bien con él, era como si le diera la seguridad de estar siempre protegida.

Iban pasando los meses, Sandra casi había olvidado el incidente en la mansión de Enrique Hidalgo. Tenía mucho trabajo y ello contribuía a mantenerla ocupada con lo que le gustaba. Su puesto en la empresa iba muy bien y se sentía satisfecha.

Respecto a su relación con Héctor, alguna vez habían hablado de irse a vivir juntos, pero Héctor tenía que viajar mucho por su trabajo y Sandra siempre estaba visitando a clientes, por lo que de momento habían decidieron en posponerlo; se encontraban a gusto así, cada uno en su trabajo y los fines de semana juntos.

El fin de semana

Una tarde de viernes Héctor la llamó.

—Sandra ¿tienes algún plan para este fin de semana?

—No. ¿Por qué?

—He pensado que a los dos nos vendría bien pasarlo en un refugio en la montaña, en plena naturaleza. Podrían ser unos días maravillosos, fuera del entorno habitual, sin preocupaciones, sin cobertura de móvil, solos tú y yo.

—Me parece fantástico, tengo necesidad de desconectar, aunque sea por pocos días.

Llegó el sábado por la mañana y Héctor fue a recogerla.

—Buenos días preciosa ¿Estás lista?

—Sí. Cuando quieras.

Cuando llegaron a su destino Sandra miró a su alrededor, suspiró se volvió hacia él y lo abrazó.

—Esto es precioso, gracias por hacerme tan feliz.

Héctor había alquilado una cabaña de madera en un lugar paradisiaco de los que creía que no existían.

—De nada. Sabía que te gustaría y yo tenía necesidad de pasar unos días a solas contigo. Nunca pensé que aquella noche de lluvia me iba a encontrar contigo, después de tantos años y lo que es más importante que ibas a ser el amor de mi vida.

—Calla zalamero. Yo también estoy muy feliz de haberte encontrado.

Entraron en la cabaña dispuestos a disfrutar de la naturaleza y sobre todo de su amor. Cada vez que se miraban fijamente la chispa de ese amor aumentaba.

Deshicieron el equipaje, prendieron la chimenea, a pesar de ser primavera aún hacía frío. Mientras preparaban la comida. Sandra comentó:

—Si te parece voy a dar un breve paseo antes de comer, me apetece sentir el aire fresco en la cara.

—Vale pero un paseo corto, comeremos dentro de una hora.

—No te preocupes en media hora vuelvo.

Había pasado una hora y Héctor empezó a preocuparse, Sandra siempre era muy puntual. Salió en su busca y al cabo de unos quince minutos, la encontró

sentada en una piedra, con claros signos de dolor. Se acercó y le preguntó.

—¿Qué ha pasado?

—Ya ves, como tú dices no se me puede sacar de la ciudad. Me he dado un resbalón y me he torcido el tobillo. No puedo andar.

Héctor miró su pie, este estaba muy hinchado.

—¿Cómo no me has llamado?

—¿Cómo? ¿por tan tan?, como bien dijiste, no hay cobertura.

La ayudó a levantarse y la indicó que se agarrara a él sin apoyar el pie en el suelo.

Llegaron a la cabaña y la depositó en el sofá con mimo. Mientras la cuidaba, la miraba con esos ojos llenos de amor, que ella sentía que le acariciaban el alma, sin que sus manos la tocaran.

Se quedó mirándola fijamente, sin decir palabra.

—¿Qué miras así? ¿Pasa algo?

—No, no pasa nada, estaba recordando que quién me iba a decir, que aquella chicha del instituto que me traía loco, estaría aquí conmigo.

—¿Loco? Si solo tenías ojitos para una infinidad de jovencitas muy monas que chillaban como locas cuando te veían. Yo sí estaba enamorada de ti, pero no me apetecía ser una más de tu colección. Si me hubieras dicho tus sentimientos, ya me habría encargado yo de apartar a esas mosconas de tu lado.

—Éramos muy buenos amigos, no quería perder tu amistad, no sabía lo que sentías.

—Eras un chico muy popular, pero por lo que dices un poco cobarde.

Se acercó a ella, la besó tiernamente primero y luego con pasión.

—Vamos a comer un poco para que puedas tomarte los analgésicos, y cuando te duela menos, seguiremos donde lo hemos dejado.

—Que pillo eres. ¿Me das las pastillas para el dolor, o para tenerme un poquito a tu merced? —Le sonrió.

—Eres una mal pensada, ni siquiera se me había ocurrido; le guiñó el ojo, pero no estaría mal.

Después de comer Héctor le colocó una bolsa de hielo en el tobillo, esperaba que remitiera la hinchazón y que no hubiera rotura. Se sabría en las próximas horas.

Decidieron utilizar la habitación que había en la planta baja junto al salón. No quería que tuviera que subir escaleras y hacer esfuerzos innecesarios,

cuanto más reposara antes se recuperaría.

La ayudó a acostarse, se sentía el hombre más feliz de la tierra, porque el destino la había vuelto a poner en su camino.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy algo mejor, con el reposo, los analgésicos y tus cuidados, seguro que me recupero pronto. Lo único que siento es que te he fastidiado el fin de semana.

—De eso nada, lo importante es que estés bien. Bueno tenía en mente hacer malabares en el amor y ahora tendré que tener cuidado. Pero estamos juntos y podemos disfrutar del relax de este paraje, y aún nos quedará tiempo para amarnos.

El la besó en la frente, después en la boca, ella se dejó hacer y correspondió a sus besos. Sus caricias iban y venían por todo su cuerpo. Ambos ansiaban dar rienda suelta a su pasión, y exhaustos se quedaron dormidos, después de una noche de intenso amor compartido. Él la rodeaba con sus brazos por la espalda con su cara apoyada en su nuca.

Amaneció el domingo, Héctor se despertó el primero y suavemente la besó y acarició hasta que ella se fue despezando. Miró el tobillo, estaba mejor aunque aún seguía hinchado y dolorido, pero afortunadamente no parecía haber nada roto.

—¿Qué pasa para que me despiertes tan pronto? —Le dijo Sandra somnolienta.

Él la puso un albornoz y la envolvió en una manta, la mañana era muy fresca y la cogía en brazos.

—¿Dónde vamos? ¿Estás loco?

Salió al porche y la depositó en una silla de mimbre, y él se sentó en el suelo a su lado.

—Quiero hacerte un regalo muy especial. Mira ¿ves aquella hilera de árboles debajo de la montaña, allí al frente?

—Sí.

—Espera un poco y verás.

Pasados unos minutos, mientras esperaban, él le dijo:

—Mira.

El astro rey emergía detrás de la montaña. Junto con el campo lleno de flores de primavera era un espectáculo maravilloso.

—Quiero regalarte el primer amanecer juntos.

Ella le miró, sus ojos se humedecieron y le abrazó.

—Es el regalo más bello que me han hecho nunca, gracias esto no tiene precio.

—Sabía que te gustaría y merecería la pena el madrugón.

Estuvieron un rato contemplando el sol, después de ser partícipes del comienzo de un nuevo día. Entraron dispuestos a desayunar, tantas emociones les habían abierto el apetito.

Fueron dos días maravillosos, donde se sinceraron, hicieron el amor y dejaron que sus sentimientos siguieran creciendo.

De vuelta a la ciudad Héctor le dijo:

—Mañana deberías ir a que te vea un traumatólogo, y cógete unos días de baja para terminar de recuperarte. Siento no poder acompañarte, pero tengo una cita con un cliente muy importante y estaré ocupado todo el día.

—No te preocupes, con tres o cuatro días de reposo seguro que estaré a pleno rendimiento. Y prepárate la próxima vez que hagamos el amor no seré tan pasiva, ya me encargaré de compensarte todo lo que “me has dado”.

—Vale me parece un plan muy atractivo —Dijo sonriendo Héctor.

La acompañó a casa, la abrazó y se despidieron.

—Ah, no se te olvide que te quiero.

—Yo también a ti zalamero.

Los dos esbozaron una sonrisa. En verdad se sentían muy felices.

Dudas

Después de un par de semanas un día Héctor co-mentó:

—¿Sabes aquella rubia del instituto, Gloria? Me he encontrado con ella visto esta mañana, está como siempre, muy pija, bien vestida, muy maquillada; yo ni la había visto, pero ella me ha reconocido y me ha llamado. Nos hemos saludado, hemos tomado un café juntos, pero le he dicho que tenía pareja y que necesitaba todo el tiempo del mundo para estar con ella.

—¿Gloria? No me gustaba en aquella época, y seguro que ahora me va a gustar menos, por tirarle los tejos a mi chico.

—Que mal pensada eres, sabes que no tengo ojos para nadie, solo para ti.

—Más te vale.

Una punzada de celos había aflorado en ella, con tan solo pensar que ahora que era tan feliz alguien pudiera hacer desaparecer esa felicidad.

Pero confiaba plenamente en Héctor, sabía cuánto la quería y se lo había demostrado con creces. Sacudió esos pensamientos de su cabeza.

Cada uno siguió con sus respectivos trabajos, apenas les quedaba tiempo para ellos. Al final decidieron irse a vivir juntos, se instalarían en casa de Sandra, era más grande, a las afueras de la ciudad, con más tranquilidad y a la vez a poca distancia de sus respectivos trabajos.

Sandra se había negado muchas veces a dar el paso, pero era la única forma de tener algún rato juntos en común, temía que la convivencia no funcionara bien fuera de los fines de semana.

Una noche Héctor tardaba, siempre que algo le demoraba en exceso, la avisaba.

Sandra estaba muy preocupada, el trabajo de Héctor podía ser peligroso, dependiendo del caso que llevara entre manos.

Al fin llegó, eran casi las diez y media, habitualmente llegaba a las nueve. En cuanto entró le espetó.

—Ya era hora, por fin llegas, iba a llamar a los hospitales a ver si te había ocurrido algo. Sea lo que sea lo que te ha demorado, podrías haberme llamado ¿no te parece?

—Que alarmista eres, si algo malo hubiera ocurrido, las noticias ya habrían llegado. No te enfades.

—Bien, siéntate y cuéntame que es eso tan importante que te ha demorado.

—Una tontería, al salir del despacho me encontré con Gloria, tomamos un café y no me di cuenta de la hora que era.

—Es increíble, yo preocupada y estabas con otra mujer.

—Por favor, no te enfades, no volverá a ocurrir.

—No estoy segura de que funcione. No sé si ha sido buena idea la de vivir juntos, no quiero pasar por otra situación igual a mi última experiencia.

—Siéntate un momento y cuéntame. ¿Qué es eso de una mala experiencia?

—Hace un tiempo, salí con un chico y nos fuimos a vivir juntos, por insistencia de él. Pasaron unos seis meses y todo iba perfecto, pero los dos siguientes fueron un desastre: llegaba tarde, enfadado sin saber los motivos, gritaba y cuando le preguntaba que pasaba, decía que nada.

Una noche, cuando llegó yo le estaba esperando dispuesta a aclarar que pasaba o marcharme, no podía aguantar más la situación. Al entrar vio las maletas hechas y preguntó qué pasaba. Le dije que no podía más o me daba una explicación o me iba.

Se sentó y me dijo que había sido un cobarde por no hablarlo, que se sentía como enjaulado, que no era la idea de convivencia que tenía, que deseaba estar libre. Además hacia poco había conocido a una chica liberal, juerguista como él y no sabía cómo decírmelo.

Yo le respondí que sí, había sido un cobarde en vez de hablarlo, me había hecho pasar los dos meses peores de mi vida. Cogí las maletas y me fui a un hotel, le dije que ya iría a por el resto de mis cosas.

¿Entiendes ahora mi recelo? Y ahora si me disculpas me voy a dormir, mañana tengo que madrugar.

Esa noche Héctor intentó acercarse a ella, pero esta le rehuía. No estaba de humor para hacer el amor con él después de haberla preocupado, más cuando el retraso se debía a que había estado con Gloria.

No es que pensara que hubieran tenido algo, pero solo el hecho de que hubieran estado juntos y después de ver a Gloria con qué ojos le miraba, el día que se habían encontrado los tres, no le pareció de fiar. Se veía que estaba loca por tener algo con Héctor, aunque solo fuera sexo ¿Sólo sexo? Eso era lo peor de todo.

En los días siguientes, Sandra seguía recelosa, pero a medida que pasaba el tiempo, la convivencia se iba tornando más distendida. Ella poco a poco volvió a ser la misma, ¿Cómo no serlo? Con un hombre como Héctor, guapo,

adorable que la hacía sentir todo su amor, en cualquier momento y no sólo en la cama.

La conferencia

Una tarde cuando salía del trabajo Martina, la compañera de Sandra, le propuso un viaje a Barcelona de cuatro días, había un certamen de nuevas técnicas para innovar en la decoración y fusionar varios estilos, para dar otro aire a varias estancias, dependiendo de la luz, tamaño o la orientación del espacio a decorar.

—Nos vendría muy bien, el curso lo impartirá un decorador francés de mucho prestigio. Serán cuatro días (de lunes a jueves) y estaríamos invirtiendo en nuevos conocimientos.

—Vale. Falta aún una semana, arreglaré un par de cosas, hablaré con Héctor y decididamente, me apetece mucho ir.

—De acuerdo, yo me encargo de los billetes de avión y la reserva del hotel. A Pablo ya se lo he comentado y le parece bien.

Al llegar a casa, Sandra comentó con Héctor el viaje, y a éste le pareció bien, ya que ampliaría sus conocimientos, que sabía que a Sandra le serían de mucha utilidad.

Llegó el lunes por la mañana y como Héctor no podía llevarlas al aeropuerto habían quedado en coger un taxi hasta la terminal del aeropuerto.

Sandra se despidió de Héctor y prometieron en hablar por teléfono cada noche, cuando a Sandra le viniera bien.

Después de un vuelo sin incidentes llegaron a Barcelona; el hotel estaba muy transitado, y tuvieron que esperar un poco para registrarse y acceder a la habitación. Ésta era luminosa y muy espaciosa, deshicieron las maletas y salieron a dar una vuelta. Alrededor de las dos, decidieron ir a comer a un restaurante muy cercano al hotel. Pidieron mesa, y se dispusieron a comer. Después de un rato volvieron la cabeza hacía una mesa donde estaban cuatro hombres riendo airadamente.

—Has visto Sandra ese rubio, que ojos por dios, es guapísimo.

—Por favor Martina, que tienes pareja, una cosa es que mires a un chico y otra que le devores literalmente con los ojos.

—Por favor Sandra, qué sería eres. Si pasa algo será porque yo quiero, además nadie se va a enterar.

—Conmigo no cuentas, eres libre de hacer lo que quieras pero yo no, y no es porque Héctor se pudiera enterar, sino porque yo no quiero hacerle algo que no me gustaría que él me hiciese a mí.

Después de la comida regresaron al hotel para prepararse para la reunión que tendría lugar en un salón del mismo hotel, comenzaría a las siete de la tarde, y habría una presentación y una breve toma de contacto. Después les darían la agenda para los tres días siguientes.

Nada más entrar en la sala, Martina vio al chico rubio que estaba en la mesa contigua en la comida. Iba con otro hombre moreno muy atractivo. En voz baja le dijo a Sandra.

—¿Qué casualidad, ver aquí al chico que te dije, estoy segura que haremos buenas migas.

—Ya te dejé muy claro que tú harías lo que quisieras pero que no contaras conmigo.

Al terminar la charla explicativa, salieron al vestíbulo, Martina se despidió de ella y se colgó del brazo del chico.

—Hasta luego Sandra.

—Hasta luego Martina.

—Tu amiga no viene con nosotros, preguntó el acompañante de Martina. No, ella no quiere venir con nosotros.

Sandra subió a la habitación, pidió una cena ligera, y esperó la llamada de Héctor. No entendía la aptitud de su amiga. Ella siempre había pensado que una relación se fundamentaba, con amor, respeto y fidelidad. Si eso no era posible, era mejor dejar esa relación.

Durante los tres días siguiente, tomó notas, aprendió muchas cosas, y apenas se vio con Martina.

El jueves por la noche Héctor le comentó que al día siguiente estaría libre y que iría al aeropuerto a esperarlas.

Esa noche a Sandra se le hizo eterna, no veía la hora de abrazar a su amado, necesitaba sentirle junto a ella. Le había añorado mucho, más de lo que ella pensaba.

Cuando llegaron Héctor ya estaba esperándolas, llevaron primero a Martina a su casa y después pusieron rumbo a la suya.

De vuelta a casa

Al entrar Sandra dijo:

—Voy a darme una ducha rápida, en tres minutos estoy contigo.

—Que sea minuto y medio, que se me hace muy largo.

Sandra se reía mientras se dirigía al baño.

Hablaron del viaje, de esos largos días sin estar juntos y de la alegría de volverse a ver.

Héctor sugirió:

¿Comemos primero o hacemos el amor y luego comemos?

Sandra le respondió:

—Mejor hacemos....

No término la frase, Héctor la había besado y no le dejó terminar. La cogió de la mano y literalmente la arrastró a la habitación.

Durante largas horas se amaron de todas las formas posibles, hasta quedar dormidos abrazados. Cuando despertaron eran las cinco de la tarde. Se despertaron con hambre, y fueron a la cocina a dar buena cuenta de la comida que Héctor había preparado con antelación.

El sábado por la mañana Sandra se despertó, abrió los ojos y encontró a Héctor observándola.

—¿Qué haces? ¿Pasa algo?

—No, nada. Había pensado en salir a buscar unos bollos para desayunar, pero ejerces sobre mí algo parecido a un imán y no he podido dejar de mirarte.

—¡Qué imán, ni nada!

Los dos soltaron una carcajada.

—Vete a por los bollos mientras hago el café, que tengo un hambre atroz.

Cuando Héctor llegó, el café estaba en la mesa, junto a las tazas, el azucarero y un plato decorado a modo de bandeja.

Puso los bollos sobre la mesa, y Sandra los colocó en el plato.

—Madre mía, te había dicho que tenía hambre pero son demasiados.

—Cómo no estaba muy seguro de tus gustos, he comprado bollos de mantequilla y, cruasanes de nata y de chocolate. Pero si no te gustan los devuelvo.

—Quieto ahí, ni se te ocurra, haré un esfuerzo y los probaré, así te diré cual me gusta más.

Héctor sonreía malicioso, viendo sus ojos rebosantes de glotonería.

Cuando casi habían terminado, él la distrajo y le empujó el bollo con nata sobre su cara, no podía parar de reírse, toda embadurnada estaba para comérsela literalmente.

—Tranquila no te enfades, que ahora lo arreglo— y comenzó a darle lametazos por toda la cara, parándose en su ojos, la boca....

—Eso está mejor. Siendo así te perdono.

Esa complicidad, era lo que les mantenía viva la pasión y el amor. Pasaron un fin de semana felices, con energías renovadas para empezar la semana.

El informe

El lunes de camino al despacho Héctor estaba muy preocupado sobre lo que su amigo policía le había informado sobre Enrique Hidalgo. A cada paso que iba leyendo el informe, estaba más seguro que ese hombre no era del todo inocente, del suceso que había acontecido hacía unos años.

Enrique estuvo casado con Raquel Montilla, una mujer bella de familia muy influyente. Según los criados una tarde cuando llegó el señor a casa, ella había hecho las maletas y comenzaron una fuerte discusión en el vestíbulo. Ella subía a su habitación a por su bolso y con Enrique detrás, mientras gritaba que estaba harta, que se sentía enjaulada, que solo podía salir de casa con él. Que no estaba dispuesta a seguir viviendo así, que se marchaba y que ya le mandaría a su abogado, para tratar las cláusulas del divorcio.

En un momento de la discusión Raquel rodó por las escaleras, se golpeó en la cabeza y murió en el acto. Nunca se supo si se cayó o Enrique la empujó.

Aunque la familia de ella lo denunció, fue absuelto por falta de pruebas de la tentativa de asesinato, ya que ninguno de los criados testificó contra él.

Cuando Felipe le había mostrado la foto de Raquel, Héctor había palidecido; tenía de un parecido asombroso con Sandra, a diferencia del color del cabello y la largura del mismo.

Por esa razón, le preocupaba muchísimo más que Sandra pudiera verse con Enrique, aunque fuera por motivos de trabajo, a pesar de que ella había insistido en que no hacía falta volver a la mansión, que se encargarían de todo los responsables de la remodelación.

Estaba seguro que Enrique pretendía algo de Sandra, desconfiaba de su empeño en que sólo ella fuera a tratar la reforma. Héctor estaba seguro que Sandra le recordaba a su mujer, y en cierto modo era como si fuera ella.

Además algo no cuadraba, su deseo de restaurar la mansión, no casaba con el hecho de que no se había decidido a cambiar nada aún, todo era muy extraño. Se prometió estar más pendiente de Sandra. No quería que le pasara nada. No se lo perdonaría.

Un inesperado viaje

Una mañana de repente llamaron a la puerta. Sandra abrió, y se encontró con un hombre al que no conocía.

—Sí, ¿que desea?

—¿Es usted la señorita Sandra López?

—Sí.

—Vengo a recogerla de parte de Enrique Hidalgo, necesita verla un momento, para comentarle una duda. Yo mismo la traeré de nuevo a su casa.

Estaba muy sorprendida, ¿qué era eso que no podía comentarle por teléfono? Cogió el bolso y salió.

Llamó a Héctor. Habían quedado que no se verían hasta el día siguiente por la mañana, Héctor había tenido que viajar a una ciudad cercana para recabar datos para un cliente.

—Dime princesa. ¿Sólo unas horas y no puedes estar sin mí?

—Sí, te echo de menos, pero al margen de eso, te llamo para decirte que Enrique Hidalgo me ha llamado para ir a su casa. Tiene que comentarme algo y prefería no hacerlo por teléfono. Hasta me ha mandado un chofer a recogerme.

—Sabes que no me gusta nada que vayas a esa casa y menos sola.

—No te preocupes, tendré cuidado. Un beso.

—Dos y recuerda que te quiero.

Cuando llegaron a la mansión. Sandra llamó a la puerta, ésta se abrió de inmediato y apareció Herminia, y casi sin mediar palabra le dijo:

—Sígame. La acompañó hasta la sala de estar. El señor la atenderá en un momento, tome asiento por favor.

Sandra no se sentó, estaba nerviosa no entendía para qué estaba allí. En ese instante apareció Enrique.

—Hola querida. Seré muy breve, pero ante todo, y dado que vamos a pasar mucho tiempo juntos, dejemos el protocolo y tratémonos de tú.

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, no entendía nada, que era eso de “pasar mucho tiempo juntos”.

—He pensado que me acompañes de viaje. Estás muy estresada con tu trabajo y necesitas descansar. Ya tengo los billetes de avión listos, y por el

equipaje no te preocupes. Te compraré todo lo que necesites. Todos tus deseos serán cumplidos.

—No tengo ninguna intención de acompañarte Enrique, no sé qué idea te has podido hacer respecto a mí.

—Yo creo que sí querida, ya lo creo que me acompañarás, y si no lo haces de buen grado, ese amigo, querido o lo que sea, puede tener un accidente muy grave.

—Estás loco, deja en paz a Héctor.

—Así lo haré siempre que me acompañes sin rechistar. Ya verás cómo en poco tiempo me querrás como yo a ti, y seremos muy felices. Herminia acompañe a la señorita, para que prepare la maleta.

Sandra iba a protestar, pero se dio cuenta que sería inútil. Subió las escaleras precedida del ama de llaves, ésta abrió la puerta y al entrar Sandra notó como la puerta se cerraba tras de sí, y oyó las vueltas de la llave en la cerradura. Se dejó caer sobre la cama, y observó la habitación, sobre una silla había dos pantalones, un vestido y varios suéteres así como ropa interior, y a sus pies una maleta pequeña y unos zapatos. Hasta le había comprado ropa de su talla, ¿Cómo había acertado?

Al cabo de unos momentos la puerta se abrió:

—Vamos señorita. ¿Ya está lista?

Sandra cogió la maleta y bajo al vestíbulo.

—Sandra, todo irá bien, apenas quedan un par de horas para que sala nuestro vuelo.

En ese instante, sonó el teléfono y Enrique lo cogió.

¿Diga? Sí, aquí está, ya se iba.

Se acercó a Sandra y al oído le dijo que era Héctor.

—Ya sabes si le dices algo, lo lamentará.

—¿Si?, hola Héctor, ¿pasa algo?

—No, nada, quería saber cómo estabas.

—Estoy bien, no te preocupes, de hecho estoy muy bien. Vale yo también te quiero, recuerda que estoy muy bien. Adiós.

Su insistencia en decir que estaba bien pretendía ser una pista para Héctor, no podía decirle nada más sin ponerse en peligro, Enrique permanecía a su lado mientras hablaba.

—Vamos o perderemos el avión.

Cuando salían, Enrique le dijo a Herminia:

—Ya sabe mis indicaciones, le enviaré el dinero necesario, para el mantenimiento y sus honorarios. Puede quedarse en la casa.

—Buen viaje Sr Hidalgo.

Sandra subió al coche, anta la atenta mirada de Enrique, mirarle a los ojos le daba escalofríos.

Sus pensamientos eran para Héctor. Qué casualidad que precisamente hoy hubiera tenido que salir de viaje. Esto era un secuestro. No volvería a verle.

Había poco tráfico por lo que llegaron muy pronto al aeropuerto, su vuelo salía en una hora y media.

Mientras tanto Héctor, que no se fiaba de Enrique, llamó a su amigo policía y le pidió ayuda, él iría directamente a buscar a Sandra a casa de Hidalgo. Pero por si algo salía mal, se pusiera de camino al aeropuerto.

Cuando llegó y tras llamar a la puerta y ver la cara de Herminia supuso que algo no iba bien.

—Avisé al señor.

—Lo siento pero no está, el señor ha salido de viaje.

La empujó y tras mirar en la casa para cerciorarse salió a toda prisa.

Descolgó el teléfono

—¿Felipe?, Enrique Hidalgo va al aeropuerto y se lleva a Sandra, avisa a las unidades que eviten a toda costa que embarque. Pero con discreción, no sé lo que le puede hacer a ella si se ve acorralado.

Después de los informes y la foto que le había mostrado Felipe la situación estaba muy clara: Sandra era el vivo retrato de su difunta mujer Raquel, y por ello podía estar tratando de que Sandra la sustituyera y así imaginara que su esposa no hubiera muerto.

Héctor conducía a gran velocidad, el corto camino al aeropuerto se hizo eterno, era como si no llegara nunca. Si no lo conseguía, podía perder para siempre a Sandra.

Mientras en la terminal, el aviso por megafonía anunciaba el vuelo:

—Señores pasajeros con destino a Miami, procedan a embarcar.

Sandra miraba atrás, pero no aparecía nadie.

Pero justo en esos momentos en plena pista cuatro coches patrulla camuflados rodearon a los pasajeros.

Héctor bajo de su coche, buscando con la mirada a Sandra. Cuando la localizó fue corriendo hacia ella. La abrazó, ella se dejó abrazar llorando, y con los puños cerrados le golpeaba el pecho.

—No vuelvas a hacerlo. No vuelvas a dejarme sola nunca más.

—Tranquila, estoy contigo, pero deja de pegarme. Sabes que yo cumplo mis promesas. Siempre cuidare de ti.

Mientras tanto, pudieron ver como se llevaban a Enrique Hidalgo detenido.

Los dos amantes se miraron fijamente y se besaron apasionadamente, sin importarles el lugar, ni la gente que les observaba.

Durante las semanas siguientes la prensa se hizo eco de la noticia de la detención de Enrique Hidalgo.

Héctor le contó a Sandra que su amigo Felipe, le había dicho confidencialmente que se había reabierto el caso de la muerte de la mujer de Enrique. Varios testigos iban a testificar en el juicio, incluida Herminia el ama de llaves. Había hecho un acuerdo con la policía, para recibir un trato de favor y reducir la condena por encubridora.

—Si estás de acuerdo nos iremos de viaje a París por quince días. Necesitamos alejarnos del entorno y disfrutar juntos.

—¿No podemos irnos, por si me necesitan para testificar?

—No te preocupes, Felipe se encarga de todo, cree que será suficiente con tu declaración, pero si tuvieras que testificar, podrías hacerlo por videoconferencia.

—En ese caso cuando tú quieras nos iremos a la ciudad del amor.

Pasados unos días, se marcharon. Pasearon por los Campos Elíseos, se besaron junto al Sena, fueron unos días de completa felicidad.

Estaban seguros que estaban hechos el uno para el otro y que la casualidad de aquella noche lluviosa en la que Héctor encontró a Sandra era el presagio de una vida juntos.